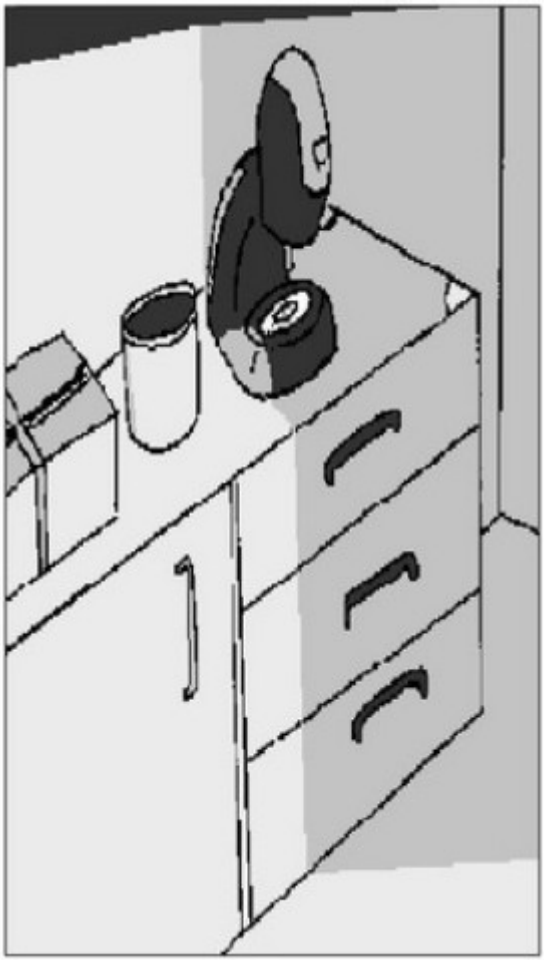
PROMOTION!

ART and STORY by
Salvador Moreno Pardines



CAPÍTULO 4

(CC)Salvador Moreno Pardines, 2021
Publicado de acuerdo con BiteStudios
https://bitestudios.gitlab.io/

Fecha de publicación digital: 1 de marzo de 2021, Alicante (España)

Promotion (2021), escrita por Salvador Moreno Pardines, está bajo una licencia de Creative Commons - Reconocimiento - NoComercial - 4.0 Internacional.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es

4

Melia y sus dos compañeros abandonaron la sala central como el resto del personal y, sin detenerse, pusieron rumbo a su despacho. Ella seguía sosteniendo en sus manos aquel precioso medallón que le había sido entregado. Lo hacía con sumo cuidado… Con delicadeza. Así, mantuvo su mente ocupada hasta el final del "paseo". Apolo, mientras hablaba con Axel de aspectos meramente informáticos, observaba a Melia en silencio desde la distancia. La veía muy callada durante todo el trayecto. No era normal en ella, ya que le solía gustar esa interacción matutina antes de ponerse a trabajar. Por esa razón, él no podía dejar de mirarla de reojo. Algo olía mal

—No sé qué pasará con la poca memoria que nos queda —suspiraba Axel para hacer tiempo—. No estamos para cambiar parámetros…

Apolo asentía con la cabeza mientras lo escuchaba con atención.

—Creo que me vine un poco arriba con las animaciones —se tocaba la nuca como señal de disculpa.

—No te preocupes, tío.

Lo miró a los ojos sonriendo y mostró su pulgar hacia arriba.

—¡Sabes que siempre te saco de muchos problemas gordos! —Decía riéndose.

¡Qué razón tenía! Qué sería de ellos sin los trucos de pirata informático que poseía este chico para sacarles las castañas del fuego al grupo. Él hacía aquello por ellos. Por sus amigos. Sin embargo, seguían perturbándolo aquellas siglas que oyó en el vestíbulo hace unos diez minutos. Las letras PMR. No quería cortarles el rollo tras haber afirmado que haría "magia" con la memoria. Con lo cual, se evadió de sus pensamientos e intentó retomar la conversación desde otro punto de vista. Debía seguir con ese buen ambiente que se había creado.

—¡Hey! ¡Melia! —Alzó la voz para llamar su atención—. Estás muy callada desde hace un buen

rato. Enseñanos ese medallón tan molón que te han entregado.

Ella aminoró la marcha y se colocó delante de ellos para que lo vieran: ese espectacular símbolo con el color de un zafiro brillante. En su interior, había grabada, con bastante detalle, una estrella de diez puntas. Estaba tan pulido su material que eran capaces de verse reflejados en la medalla.

—¿Es esto lo que tenemos que mantener con cuidado? —Preguntó Apolo dubitativo.

—Sí.

Axel se encogió de hombros al oír la respuesta y contestó:

—Supongo que tú, como líder, no serás la única que podrá protegerlo —hacía un gesto con la cabeza señalando a su colega.

—Exacto. Podemos hacer turnos mientras finiquitamos el proyecto en nuestro despacho.

Aquellas palabras de Apolo le sentaron muy bien a Melia, puesto que ella creía que solo debía encargarse personalmente de custodiarlo. Nadie le había dicho semejante afirmación. Sin embargo, su subconsciente le hizo cree ese escenario. La mente, cuando está nerviosa o bajo presión, sumerge al individuo en una realidad alternativa para no hacerlo sufrir. Es como un mecanismo de

defensa natural. Con lo cual, había que “sacarla” de ahí y que viera que no estaba sola.

—Gracias, chicos —decía más relajada—. Me vi allí con los otros compañeros y no sabía qué hacer. Me quedé bloqueada.

Realmente tenía razón. Cuando la nombraron en el vestíbulo para que recogiera el medallón, no se sintió nada cómoda y el señor con el traje azul marino y la pajarita tuvo que calmarla en ese instante. Su amiga Quistis hizo lo mismo saludándola previamente. No obstante, aquello había servido de poco. Ahora, solo debía centrarse en lo que faltaba y expulsar las malas vibraciones. Era muy necesario. De verdad. Estaban en la recta final y, por el bien de todos ellos, habían de acabar el proyecto.

El despacho de esos tres estaba justo delante de sus narices. La puerta de color violín, bastante llamativa por cierto, hacía acto de presencia todos los días. No le gustaba demasiado a Apolo y quería pedir el traslado el mes que viene. Estaba harto de que cualquiera que pasara por allí pensara o dijera «¡qué puerta más cuqui!» acompañado de una cara cursi y burlona. Entraron por ella y se podían distinguir tres secciones de manera muy clara: la zona de Melia estaba toda clasificada y ordenada. Los documentos habían sido colocados uno encima del otro de la A a la Z. También, sobre el escritorio,

había un marco pequeño con una foto en su interior. Dentro, aparecía ella con su madre paseando cerca del hotel Makore. Se las veía muy felices juntas. La zona de Axel y Apolo era lo que se esperaba de un empleado modélico: un archivador suelto; unos informes subrayados; su área de programación limpia y ordenada etc. No poseían ninguna foto para hacer que su rincón fuera algo más personal. Ellos pensaban que el trabajo era el trabajo y la familia era la familia. No podían mezclarse el uno con el otro. Esa era su máxima.

—¡Hogar dulce hogar! —Decía Apolo mientras se desperezaba.

Anduvo hasta su silla de escritorio y apoyó el maletín del ordenador portátil en la mesa. Seguidamente, dejó dos planos enrollados que tuvo que cargar en su otra mano, porque no cabían en la mochila, y se sentó. Las piernas se lo agradecieron rápidamente en cuanto dejaron de estar rectas. Sus amigos lo miraron sorprendidos por cómo se desperezaba en su silla. Tras unos segundos, recuperó el sentido y empezó mirar las anotaciones que tenía en una de sus libretas. Avanzó hasta la penúltima hoja, donde tenía un marcapáginas, y sacó un bolígrafo para tachar cuatro puntos de su lista. Al fin lo consiguió. Tan solo le quedaba poner a prueba la zona final del nivel y estaría finiquitado.

—Aunque hayáis tachado todo, o casi todo, de vuestra lista, acordaos que nos falta bastante código por introducir y liberar memoria.

Axel agarró sus folios y se dirigió hasta la pizarra blanca central que tenían en la pared. Con un rotulador de color rojo sangre, empezó a escribir las pautas que deberían seguir en el día de hoy hasta la hora de la entrega. Asimismo, indicó el límite de memoria en base hexadecimal y, este, no debía ser superior a "C000", pues el sistema interno colapsaría al llegar a esa cifra. Tenían que descender como fuera a "A000" si querían que los parámetros fueran los más óptimos. El problema que hallaba Melia ante ese recorte de contenido, no era otro que desperdiciar la cohesión de los elementos que habían montado durante el último mes de desarrollo. Eso le daba mucha rabia y se le notaba en su cara. No estaba por la labor de descartar cosas.

—¡Dios...! ¡Esto no hay por donde cogerlo, en serio! —Exclamaba Apolo examinando los planos una última vez.

—Es muy sencillo, tío.

—Sí. Tiene razón —resaltaba ella acariciándose el pelo cobrizo—. Y mira que soy la primera en oponerme a estos pedazos de recortes.

Axel comenzó a reírse a carcajadas cuando escuchó a su compañera discrepar sobre la reduc-

ción de memoria. Sin embargo, los recuerdos de lo que había pasado en el vestíbulo… Volvieron a surgirle. No podía callarse y dejarlos con una mano delante y otra detrás. No era su estilo. Así que, dejó en la pizarra el rotulador con su imán y tomó una bocanada de aire. Estaba listo.

—Chicos… Tengo que informaros de algo importante.

El grupo de individuos con una complexión atlética visible, llevaba varios minutos de retraso debido a las incontables paradas que hacía el chico de ciento noventa y cinco centímetros. Ya sabían de sobra que lo suyo era la mercadotecnia, pero no podían dejar de lado sus otras labores como programadores. Aún así, seguían sin hacerlo cambiar de actitud porque llevaba dedicándose a las ventas desde hace ocho años. Lo tenía muy automatizado. Así era él.

—¿Podrías dejar de soltarle la charla a la primera persona que se nos cruza? Debemos llegar a nuestro despacho —le decía a su compañero con un semblante bastante serio.

—Ya voy, Andrea.

Ella lo estaba esperando apoyada en la pared del pasillo. Jimmy, por el contrario, decidió pasar del tema y se marchó directo al despacho

dejándola, así, sola. Dado que era muy lento, fue hasta la máquina expendedora más cercana y pidió un cortado. Podía haberlo dejado allí tirado sin más, pero no le convenía demasiado ese escenario. Prefería trabajar con todos juntos en vez de hacerlo sola. Mientras pegaba el primer trago, empezó a contemplar los cuadros enormes que había a su espalda. Algunos de ellos representaban un navío en altar yendo a la deriva.

Los observó con atención.

El oleaje la calmaba.

Algunos rayos de sol empezaron a entrar por la ventana que estaba enfrente de ella y, lentamente, la luz fue recorriendo todas las facciones de su cara de tez morena. Sus ojos azules quedaron al descubierto cuando tomaba los últimos restos del café que había pedido. Además, realzaban aún más su expresión de desaprobación por llevar casi doce minutos esperando. En ese instante, Yoel salía de la oficina de administración con cara de pocos amigos. Al parecer, no habían funcionado sus tácticas de venta. Eran cosas que pasaban: enfocabas mal tu trabajo y volvías por donde habías venido con las manos vacías.

—¡Menos mal! Creía que tendría que acampar aquí mismo —reprochaba con un gesto de enfado.

Su compañero suspiró al acercarse a ella y no supo que decir. Se le daba muy mal disculparse.

—Ahórrate la saliva. Vámonos.

Los dos anduvieron por todo el pasillo hasta dejar atrás la sección administrativa. Al cabo de un rato, Yoel se percató de que Jimmy no estaba con ellos. Ella le explicó que los dejó tirados ahí, en el pasillo, porque no estaba dispuesto a esperarlo con sus "negociaciones". Sin embargo, se alegraba un poco de que no lo hubieran dejado solo. Andrea supo hacer tiempo hasta que saliera de aquella sala. Tenía paciencia a pesar de que no le gustara reconocerlo en público.

—Gracias —susurraba

Sus ojos lo miraron después de agradecerle la espera en voz baja y, sin decir ni una palabra, le hizo un ademán con la mano para zanjar la disculpa.

Tras haber caminado unos diez minutos girando y girando esquinas, al fin llegaron a su destino. La puerta del despacho se encontraba abierta de par en par y un sonido de teclado era percibido desde la entrada. Yoel asomó la cabeza por el marco de la puerta y su compañero estaba escribiendo varios párrafos de "C++": un lenguaje de programación que todos los integrantes de los equipos debían, al menos, conocer. Entró sin hacer mucho ruido y se acercó hasta él. Andrea contem-

plaba la escenita y movía los ojos hacia arriba. No se lo terminaba de creer. «Este tipo de cosas debería darle vergüenza» se decía a sí misma mientras los veía. Podía pararlo perfectamente; pero era mayorcito para que fueran detrás de él como si nada.

—¡Bu! —Exclamó detrás de la oreja de Jimmy.

—¡Ah! —Soltó al oírlo.

Su compañero huía descaradamente hacia su silla de escritorio para "camuflarse" y, de esa forma, que no lo inculparan. Sin embargo, eso era inútil, ya que la voz y la forma de actuar eran más que incriminatorios.

—¡Yoyo!

—Así me llaman —contestaba.

—Me has dado un susto de muerte, tío.

Alzó su mano izquierda hasta la zona del corazón, pues le había pillado con la guardia muy baja. Y mira que estaba acostumbrado a este tipo de bromas. Pero no había manera: siempre caía en ella una y otra vez.

—¡No te pongas tan nervioso, Jimmy!

Comenzó a negar con la cabeza por haber caído otra vez en su trampa.

—Nadie puede trabajar tranquilo contigo cerca —decía esbozando una sonrisa.

Ellos dos tuvieron un inicio bastante complicado cuando se conocieron. Uno era impulsivo y directo. El otro, al contrario, prefería actuar de manera más pasiva y meditada. No obstante, cuando se incorporó Andrea al equipo, esta le dio estabilidad y una opinión externa si las cosas se iban de contexto rápidamente. Al final, supieron cuajar sus capacidades y fueron reconocidos por la directiva como "el equipo legendario".

Durante el verano del año 2009, las ventas de la compañía habían caído en picado, pues, la directiva que estaba al mando por aquel entonces, apostaba por un tipo de artículo muy específico: las cartas de dioses antiguos. Azi Dahaka, Thor, Buda, entre muchos otros, formaban la promoción comercial de BiteStudios. La época de los tazos y los cromos había pasado a mejor vida desde las navidades del 2008. Sin embargo, seguían creyendo que aquello sería un típico rebote y volverían al auge enseguida. Eso no ocurrió y, en otoño de ese mismo año, estaban a punto de alcanzar la bancarrota. El nivel de desesperación llegó a tal punto que el trabajo se hacía insoportable. Este grupo lo vivió en sus propias carnes y no deseaban ver cómo su proyecto de vida se desvanecía. Por tanto, se presentaron ante la junta directiva y, con determinación, expusieron sus quejas.

—Esto no tiene por qué acabar así. ¡No podemos dejar que este barco se hunda! —Imploraba.

Las súplicas de Andrea no inmutaban los rostros de los jefes nada de nada. Esto enfadaba mucho a Yoel y a Jimmy, ya que veían el esfuerzo de su compañera por cambiar las cosas.

—No hay nada que podamos hacer —decía el CEO con una voz resignada—. Si no remontamos en tres semanas… Deberemos cerrar la empresa.

Aquellas palabras sentaron muy mal al grupo y en una acción desesperada, sin esperarlo, uno de ellos respondió:

—¡Hagamos videojuegos!

Todos los presentes, al oír esa frase, se quedaron mirando al tipo alto de la gabardina algo desconcertados. ¿Vender videojuegos? ¡En qué cabeza cabía! No tenían personal cualificado para tal tarea. Solo había diseñadores muy respetados. Pero eso… Diseñadores gráficos nada más. Jimmy sabía de esto y quería ir más allá.

—Seguro que tenemos en la compañía a algún que otro programador. Si juntamos a los diseñadores con los otros —hizo una pausa para pensar—, podríamos intentarlo. Dennos una semana. ¡Por favor!

Los rostros de la directiva expresaban incertidumbre ante la insistencia del grupo. No sabían qué decir.

—Si no lo logramos en ese lapso de tiempo… —Tragó saliva antes de continuar—. Nos iremos de la empresa sin el finiquito.

Esa afirmación pilló por sorpresa a sus colegas, debido a que estaban muy tensos por la confrontación, y le tiraron una mirada de «¿qué narices acabas de decir?» para hacérselo saber. La directiva, en cambio, meditaba la propuesta que el empleado había hecho. Estaban en las últimas. Por tanto, no tenían nada que perder.

—Está bien. Decidido.

El Director Ejecutivo se acercó a ellos tres y les concedió el plazo que pidieron: una semana. Tras eso, el resto es historia. La propuesta que se gestó aquella tarde de otoño obtuvo sus frutos. Y BiteStudios pasó de hacer cartas de dioses antiguos a crear videojuegos.

Actualmente, recordaban aquel día como un verdadero golpe de suerte. Apostaron todo lo que tenían y les salió bien. El destino estaba de parte.

—¡Menuda potra tuvimos esa tarde! —reconocía—. Pensaba que nos despedirían *ipso facto*.

Andrea no pudo aguantarse la risa floja delante de él.

—¡Qué verdad, Yoyo! —Afirmó su compañero.

—Fue un día para recordar —Andrea se levantó de su silla y fue hasta la pizarra—. Ahora, tenemos que ponernos a trabajar. Queda código por pulir.

La chica de complexión atlética volvió a fijarse en Yoel con detenimiento. Quería ver el objeto que le dieron en el vestíbulo.

—Pásame el medallón.

Se incorporó, metió la mano en el bolsillo derecho de la gabardina y se lo entregó a su amiga. Ella quedó maravillada ante el brillo intenso que producía. Era muy bonito. Parecía una amatista.

—Lo guardaremos en nuestra vitrina de cristal hasta que acabemos el proyecto.

Los compañeros asintieron con la cabeza y, seguidamente, Jimmy fue hasta la puerta del despacho para cerrarla. Antes de hacerlo, echó una mirada al pasillo por si había alguien fuera esperando. En cambio, al no ver a nadie, agarró el pomo y la cerró. El silencio consumió la estancia y el único sonido que se percibía eran las teclas de los ordenadores.

CONTINUARÁ…

El capítulo 5 será estrenado el día 8 de marzo de 2021 a las 10h.

Contacta con nosotros:
@bitestudios2020 (Twitter)
bitestudios2020@gmail.com